

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

15

3. Fiestas del Señor

La espiritualidad del Adviento

*«Ven, Señor, a visitarnos en la paz,
para que podamos alegrarnos ante Ti con corazón perfecto»*

Una contemplación de San Ignacio, en su libro de los Ejercicios, resume admirablemente los pensamientos y sentimientos que han de ocuparnos durante el tiempo de Adviento: la contemplación de la **Encarnación**. En ella San Ignacio nos hace ver

«cómo las tres divinas personas contemplaban toda la redondez de la tierra, llena de hombres, y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar al género humano, y así, venida la plenitud de los tiempos, envía al ángel San Gabriel a Nuestra Señora» (nº 102).

Esta contemplación nos la hace practicar San Ignacio distinguiendo tres planos: • el de los hombres; • el de la santísima Trinidad; • el de María.

Vamos a considerarlos brevemente, con el fin de poder sacar de ello un fruto para nuestras almas.

1º Los hombres.

«Ver las personas de la haz de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en gestos: unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos nasciendo y otros muriendo; oír lo que hablan, es a saber, cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfeman; mirar lo que hacen, como herir, matar, ir al infierno».

El Adviento es el tiempo que representa la historia de la humanidad desde Adán, caído por el pecado, hasta Jesucristo. Durante miles de años Dios retrasó el envío de su Hijo; y una de las razones de esta disposición divina, según Santo Tomás, era que el hombre, que por orgullo había pecado, se viese obligado a reconocer, por una experiencia prolongada de su debilidad y de la extensión de su miseria, la necesidad absoluta de un Redentor, y a aspirar por su venida con todas las fibras de su naturaleza.

En efecto, el orgullo humano es muy profundo: nos cuesta muchísimo llegar a la convicción, una convicción verdadera, de nuestra miseria. Mas el hombre debía ver la imposibilidad en que se encontraba de salir por sí mismo del estado en que lo dejó el pecado.

Muchas fueron las civilizaciones y pueblos grandes en el Antiguo Testamento; pero ninguna duró, ninguna fue capaz de liberar a los hombres del pecado y de sus consecuencias; antes al contrario, esas civilizaciones estaban muchas veces basadas en la ambición, en la crueldad, en la idolatría, en el deseo desenfrenado de poder y de riquezas.

Todas las heridas que el pecado original dejó en nosotros mostraron cuán desordenada quedó nuestra naturaleza, y cuán impotente para levantarse de su degradación:

1º La **inteligencia** quedó herida de profunda **ignorancia**, que nadie ha descrito mejor que san Pablo:

«Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos, y su insensato corazón se entenebreció...; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles».

2º La **concupiscencia** quedó repleta de **malas pasiones**:

«Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón..., a pasiones infames –pecados de impureza, pecados contra natura–, pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre».

3º La **voluntad** quedó encallada en la **malicia**:

«Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, entrególos Dios a su mente insensata..., llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, chismosos, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados».

Es lo que dice San Ignacio: los hombres, sumergidos totalmente en el torbellino de sus pasiones, de todo se ocupan, de todo se preocupan, excepto de su salvación.

2º La Santísima Trinidad.

«Ver y considerar las tres personas divinas como en su solio real o trono de su divina majestad, cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad, y cómo mueren y descienden al infierno; asimismo oír lo que dicen las personas divinas, a saber: “Hagamos redención del género humano”; finalmente, mirar lo que hacen las personas divinas, a saber, obrando la santísima encarnación».

En efecto, Dios no abandona al hombre. Si éste no se ocupa para nada de su salvación, Dios sí tiene para él grandes designios: le dará un Redentor, un Reparador, que será anunciado a lo largo de los siglos. Dios va cubriendo así la historia

desgraciada del hombre con promesas de misericordia, de perdón, de salvación, y va perfilando al Redentor prometido con rasgos cada vez más determinados. Es la segunda razón que Santo Tomás asigna a la larguísima demora de Dios: la dignidad del Verbo encarnado exigía que su venida fuese anunciada por una larga serie de profetas.

Lo prodigioso aquí es que, al considerar la Trinidad a todos los hombres que se condenan y descienden al infierno, determina que sea Dios mismo quien venga a salvarnos: la segunda persona de la Trinidad, el Verbo, el Hijo, asumirá una naturaleza humana, se hará de nuestra raza, para llevar a cabo nuestra redención y quedar como garantía absoluta de las misericordias de Dios sobre la humanidad. En efecto, ¿cómo podría Dios persistir en su enemistad con el hombre, si también es hombre su Hijo unigénito?

Es sobre todo el profeta Isaías quien nos manifiesta el poder con que se realizará esta venida del Hijo de Dios:

1º El *«llevará sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz».*

2º Sobre El *«reposará el Espíritu del Señor, con toda la plenitud de los dones de sabiduría y entendimiento, consejo y fortaleza, ciencia y piedad, y temor del Señor».*

3º Una vez ungido por el Espíritu del Señor, *«será enviado a llevar la buena nueva a los hombres, a curar a los de corazón contrito, a predicar la redención a los cautivos, a publicar el año de gracia por parte del Señor; entonces se abrirán los ojos de los ciegos, quedarán expeditos los oídos de los sordos, el cojo saltará como el ciervo, se desatará la lengua de los mudos».*

En definitiva, *«Dios mismo vendrá y nos salvará»*, con toda la plenitud de su poder, de su bondad, de su sabiduría, de su misericordia.

Sólo en El está la salvación; cualquier otro medio que se pretenda buscar está condenado a la impotencia.

3º La Virgen María.

«Ver a nuestra Señora y al ángel que la saluda; oír después lo que hablan el ángel y nuestra Señora; contemplar asimismo lo que hacen el ángel y nuestra Señora, es a saber, el ángel haciendo su oficio de legado, y nuestra Señora humillándose y dando gracias a la divina majestad».

Sí, lo que acaba de hacer admirable el plan de Dios es la **suavidad** con que armoniza su **omnipotencia** con nuestra **miseria** profundísima: Dios sabrá desplegar las riquezas de su misericordia y de su poder, adaptándolas a nuestra miseria, con el fin de no espantarnos, sino al contrario, con el fin de atraernos a El. Y así:

1º Elige venir a nosotros a través de una Madre, que se escoge con particular predilección y a la cual adorna con admirables privilegios, para hacerla lo más hermosa posible, lo más digna de Sí, lo más poderosa en favor nuestro.

2º Para eso le envía un arcángel que le pide su consentimiento, de modo que la misma naturaleza humana, representada entonces en María, acepta voluntariamente el don de Dios. ¡Cuál debió ser entonces la expectación de la creación: como el sacerdote antes de su ordenación; como la religiosa antes de su profesión; como los novios antes del matrimonio! De manera que veremos al Mesías de Dios hecho niño:

«Ha nacido un Niño para nosotros, y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado...».

3º Su actuación estará impregnada de mansedumbre, de compasión, de condescendencia:

«No quebrantará la caña cascada ni apagará la mecha que humea..., sino que juzgará a los hombres con justicia, y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra».

Conclusión.

Esta espiritualidad del Adviento, si así podemos llamarla, tiene gran importancia para nuestras vidas, porque Dios nos hace vivir espiritualmente lo sucedido con los hombres del Antiguo Testamento:

1º Por una parte, nos deja muchísimo tiempo en nuestras propias miserias, para que las palpemos, las experimentemos en toda su profundidad y en toda su extensión. Quiere el Señor que tengamos la convicción profunda de nuestra miseria, de la absoluta necesidad que tenemos del Redentor, y que clamemos a El con vehemencia, con confianza. **Primera disposición del Adviento: una profunda humildad.**

2º Por otra parte, sobre esta profunda miseria nuestra, Dios tiene planes salvíficos maravillosos: todo ello queda envuelto en la bondad y misericordia de Dios Padre, que desea vehementemente darnos a su Hijo, para que en El nosotros lo encontremos todo. **Segunda disposición del Adviento: una gran confianza.**

3º Finalmente, al igual que en la Encarnación, Dios pondrá en contacto su infinita misericordia y omnipotencia con nuestra miseria, con una admirable suavidad: comprendiéndonos, compadeciéndonos, adaptándose a nuestras necesidades, a nuestras aspiraciones. Eso sí, reclamando de nosotros, como medio para establecer este contacto, *la fe y el espíritu de recogimiento*, que es la **tercera disposición del Adviento.**

Pidamos a la Santísima Virgen, que en nuestro nombre supo recibir tan bien a Jesús en su primera venida, que nos preste ahora sus mismas disposiciones interiores, que hagan provechosa para nosotros su venida a nuestras almas en la santa fiesta de la Navidad.